

El náufrago más famoso del mundo (Alexander Selkirk, 1709)

Victor Rojas Farías

Durante una tormenta, dos veleros ingleses avistaron señales de fuego en una isla del Pacífico. El capitán Woodes Rogers anotaría después que encontraron una bestia peluda "que se veía más salvaje que los propios animales, y que parecía hablar con palabras entrecortadas". A los días, tras ser bañada y afeitada y acostumbrarse a su trato con seres humanos, la criatura admitió que era un marino, súbdito de Su Majestad de Inglaterra, y que había permanecido un tiempo largo -no supo decir cuánto- solitario en esa isla, resistiendo a las enfermedades, a la falta de comida apropiada, al clima, a la soledad y a la desesperanza.

Había llegado en su barco -el "Cinco Puertos"- a esa isla de playas rocosas para reparar los destrozos causados por un combate con españoles. Selkirk era un revoltoso: se opuso tenazmente al capitán, argumentando con ironía que prefería quedarse en esa isla desierta antes que seguir en un barco que hacía agua, con un superior ignorante. El superior fue más irónico: respetó su decisión y

lo dejó ahí. En vano el marino suplicó, gritando entre las olas. El "Cinco Puertos" siguió rumbo a un destino todavía más irónico: navegó sin problemas hasta el Perú, donde quedó varado en plena costa enemiga, siendo su capitán azotado y cargado de cadenas con el resto de la tripulación.

Nada de esto sabía Selkirk, que durante semanas esperó ver a sus compañeros desembarcando por él. En esas semanas pasó las noches en un árbol, con mucho miedo de las bestias salvajes que pudiera haber en esa tierra desconocida. Sucedieron los meses, en que su desesperación era conseguir agua, comida, y el temor de acabar sus días abandonado del mundo. Enfermó, deliró, se fue acostumbrando a su destino. Fabricó un cuchillo, cazó cabras salvajes para hacerse ropa, se trasladó a una cueva. Marcó cada día que pasaba en el tronco de un árbol, pero a los cuatro años y varios meses dejó de preocuparse por el tiempo. Domesticó gatos salvajes -cuyos padres habían sido abandonados por barcos- para controlar las hordas de ratas -que también habían llegado de los barcos- que le impedían almace-

nar comida. Lefá, de vez en cuando, una Biblia que le dejó el capitán. Y el tiempo pasaba.

Mientras contaba su historia a

la tripulación asombrada, el marino no podía saber que había protagonizado uno de los episodios más admirables de resistencia a la

adversidad: Pronto los diarios produjeron sus palabras, entrevistas, desmentidos y afirmaciones, transformándolo en una figura célebre. Pero esta fama ya no podía importarle: Retornó al pueblo escocés de donde había salido -Largo- y construyó una gruta en el jardín de su casa, donde se recluyó. Los testimonios afirman que jugueteaba con los gatos de las callejuelas vecinas y que bebía de un recipiente de cáscara de coco, que había hecho él mismo en la isla que marcó su vida. Cuando optó por embarcarse de nuevo, ese recipiente empezó a recorrer propietarios hasta quedar en el Museo de Edimburgo.

Recién dejaba su barco las costas de Africa cuando Selkirk murió de fiebre, siendo arrojado -como debía ser- al mar.

Un autor inglés -Daniel Defoe- describió la odisea de su permanencia en la isla, en una novela. Pero para que la trama pudiera ser creíble tuvo que suavizar las pellejeras del héroe e introducir un personaje -Viernes- que acompañara su soledad espantosa. Al cambiar esas circunstancias optó por cambiarle el nombre al náufrago, y lo bautizó Robinson Crusoe, nombre con el cual lo conoce hoy el mundo entero, transformado en un clásico y en un ejemplo.

